

Organiza:



Colabora:



Los Vikingos

Magistral película de aventuras vikingas, excitante tragedia que nos permite recorrer un remoto período marcado por predicciones rúnicas, traiciones dinásticas, construcciones de drakkars, lobos hambrientos, juergas orgiásticas, mares brumosos, bellas princesas, cetrería, castillos medievales, arietes, espadas, mitología nórdica, conjuras palaciegas y mares brumosos, en una trama basada en cuestiones de legitimidad y amoríos varios, fotografiada de forma espléndida por Jack Cardiff y narrada con pujanza por Richard Fleischer, quien sabe acomodar a la perfección el tempo a cada acción descrita, equilibrando la romántica y la épica.

Basada en la novela "The Viking" de Edison Marshall, el film alcanza con su clímax su punto de mayor nivel, el desembarco en tierras inglesas por parte de los vikingos y el posterior asalto a la fortaleza.

Esos momentos son algunos de los mejores ejemplos de la grandeza que atesora esta subestimada película, una obra maestra del género aventurero que en su versión original contaba con el atractivo añadido de la voz del gran Orson Welles como narrador de una historia excepcionalmente interpretada, en especial por Kirk Douglas y Ernest Borgnine.

SINOPSIS

Las estrellas de Hollywood Kirk Douglas, Tony Curtis, Ernest Borgnine y Janet Leigh brillan con luz propia en esta crónica épica de brutal rivalidad y sangrienta ambición. Con convincentes actuaciones y una trama de gran brillantez visual, Los Vikingos nos ofrece un fascinante espectáculo lleno de acción que nos traslada en el tiempo hasta el siglo IX. Un profundo odio separa a dos hermanos. El Príncipe Einar (Douglas) es el hijo y heredero de un salvaje jefe vikingo. El Príncipe Eric (Curtis) es su hermanastro, el hijo ilegítimo del padre de Einar y una reina inglesa, aunque ellos desconocen la relación que los une. Cuando los vikingos secuestran a una princesa (Leigh), su belleza enciende la pasión de los dos hombres, empujándolos a un sangriento duelo en el que se decidirá su destino... y el futuro del trono de Inglaterra.



FICHA TECNICA Y ARTÍSTICA:

TITULO ORIGINAL: The Vikings

TITULO EN ESPAÑA: Los vikingos

AÑO: 1958

DURACIÓN: 114 min.

PAÍS: Estados Unidos

GÉNERO: Acción, Aventuras

DIRECTOR: Richard Fleischer

GUIÓN: Calder Willingham & Dale Wasserman
(Novela: Edison Marshall)

MÚSICA: Mario Nascimbene

FOTOGRAFÍA: Jack Cardiff

REPARTO: Kirk Douglas, Tony Curtis, Ernest Borgnine, Janet Leigh, Alexander Knox, Frank Thring, James Donald, Maxine Audley

PRODUCTORA: Metro-Goldwyn-Mayer

miradas de cine: Los Vikingos

Mi veneración hacia “Los Vikingos” fue previa a su visionado. A finales de los sesenta la televisión se nutría de películas de los cuarenta y cincuenta y todavía abundaban los cines de reestreno. Por un precio moderado podías zamparte una buena (o no tanto) doble sesión y tus padres podían dejarte colocado durante una tarde entera. Era en sesiones de éstas en las que Los vikingos adquirió fama entre mis compañeros de clase sin que yo (¡ay, el azar!) pudiera llegar a verla. Durante una década languidecí imaginando las imágenes que mis compañeros me habían contado: grandes batallas, lanzamientos de hachas, rubias walkirias y luchas apoteósicas en un castillo en el fin del mundo... Pasaron diez años, las salas de cine empezaron a perder atractivo, algunos cines de reestreno se reciclaron en cines de “repertorio” y muchos tuvimos la fortuna de tener en ellos una escuela de cine. Fue así como, en memorable programa doble (con Godard o Visconti como insólito complemento) re-descubrí Los vikingos.

Y la sorpresa fue que Los vikingos, la película, estaba a la altura de Los vikingos, el mito que durante más de 10 años había alimentado mi calenturienta imaginación. Y que, en la pantalla, cobraban vida aquellos personajes y aquellas luchas antaño descritos por mis amigos y posteriormente recreados en mis juegos. El cine venía a ser la materialización de mis sueños y Los vikingos sería, inevitablemente para mí, el símbolo del cine como encarnación de la imaginación.

Para aquellos que la desconozcan, comentar brevemente que Los vikingos es la historia de una lucha, de muchas luchas. La pugna de los saqueadores del Norte contra sus vecinos bretones y galeses. La pugna de reyezuelos traidores con aristócratas envidiosos de su poder. La pugna de dos hombres, Einar (hijo de Ragnar y heredero de la saga vikinga) y Eric (esclavo de Ragnar, hermanastro no reconocido de Einar y heredero del trono inglés), lanzados a una lucha fratricida primero por la libertad, luego por una mujer y, finalmente, por el poder. La película, producida por una estrella egocéntrica (**Kirk Douglas**, a quien el papel le iba como anillo al dedo para su interpretación histriónica), fue tan exitosa como amarga en su reproducción y rodaje para su director **Richard Fleischer**. Pese al feeling existente unos años atrás entre actor y director en Veinte mil leguas de viaje submarino (20000 Leagues Under the Sea, 1954) que les llevó a trabajar juntos de nuevo, la rivalidad y los conflictos hicieron de la experiencia un trance amargo para el director que dudaba de llevar esta nave a buen puerto. Su buen hacer y el de un

puñado de buenos intérpretes, junto a las colaboraciones de Jack Cardiff en la fotografía, Mario Nascimbene en la banda sonora, Harper Goff en el diseño de producción (que incluyó la construcción real de barcos vikingos) y los guionistas Calder Willingham y Noel Langley dieron como resultado una obra maestra

Quizás parte de la fascinación que Los vikingos ejerza en el subconsciente (en mi subconsciente, claro) sea fruto del efecto combinado de la fotografía de Jack Cardiff y la música épica de Mario Nascimbene. La imagen del poderoso drakkar vikingo surcando el fiordo, las velas desplegadas, los marinos orgullosos trotando sobre los remos, mientras los cuernos musicales entonan una tonada entre idílica y nostálgica tiene mucho peso. Sin embargo las imágenes que me enganchan, que me seducen por su intensidad y, una vida después, aún siguen cautivándome, son las imágenes más inherentes a una épica bárbara. Acaso más simples, menos retóricas, que las matanzas propiciadas por la banda de Pike y Thornton. Pero tan brutales, tan impresionantes, como en las epopeyas posteriormente descritas por Peckinpah: el arranque de la historia con un asalto y una violación, las miradas de odio que se cruzan Eric y Einar desde su primer encuentro en pantalla hasta el último duelo, la violencia con que el halcón ataca a Einar y la delicia con que Eric contempla cómo le arranca el ojo, el salvajismo de la celebración vikinga (oscilando entre una fiesta gamberra, de delirio infantil, y una auténtica orgía de cerveza y sexo), el grito salvaje de Ragnar al saltar al pozo de los perros, la degradación moral de Eric que lejos de civilizarse o ennoblecerse se aproxima, moral y físicamente, al espíritu de Einar, perdiendo, en su rabia y su odio, su brazo de manera equivalente a como Einar perdió su ojo... Y, sobre todo, el impresionante, coreografiado y, a la vez, descarnado, asalto al castillo de Aella.

Las espadas chocan y golpean la piedra. Los héroes resbalan sobre el abismo. Atrás queda el pequeño reino de Ragnar y Aella. Atrás, inútiles y mezquinas, quedan las maniobras de Lord Egbert. La pantalla se llena del odio, de la furia de dos semidioses que se enfrentan y cuya fuerza salvaje da la vida a la pantalla. Al final (¿puedo decirlo?) caerá uno de ellos. La leyenda lo exige. Sin embargo todo cambia para que nada cambie. La estirpe permanece y el nuevo rey rinde honores al anterior en una imagen catártica, bella y, ahora, imitada hasta la saciedad. Nascimbene suena de nuevo, Los Vikingos se cierra para que su leyenda entre en la Historia... y para que yo desee volver a verla, volver a vivirla, de nuevo.

por Javier Coma